

## Contribución para el volumen en conmemoración del Bicentenario, de la Academia de Ciencias Morales y Políticas de Tucumán

### LA NACIÓN Y LA IDEA NACIONALISTA<sup>1</sup>

**Luis Alberto Romero**

La nación que en 1816 apenas se entreveía -prudentemente, los congresistas remitieron a las Provincias Unidas de América del Sud- estaba plenamente consolidada en 1916, a la hora de celebrar su primer aniversario. Fue menos espectacular que el de 1810, en parte por una no confesada tensión entre una conmemoración “porteña” y otra “provinciana”, pero sobre todo por el lugar que ocupaban nuevas preocupaciones, no ajenas a la cuestión nacional, pero de un sentido todavía poco claro: la Gran Guerra, que alteró el ritmo normal de la Argentina próspera, y el triunfo del radicalismo, fruto inicial e inesperado de la ley Sáenz Peña.

No obstante estos inconvenientes menores, la conmemoración celebró. Con tanto énfasis como en 1810, los éxitos de la nación, las bondades de su nacionalidad y los avances del nacionalismo.

En este ensayo me voy a referir al nacionalismo, una corriente de ideas que en la Argentina es hoy una matriz poderosa del pensamiento y de la imaginación. No lo haré al modo de la historia del pensamiento sistemático, sea filosófico o político, ni al modo de la historia de los intelectuales, hoy corriente entre los historiadores. Lo haré retomando una tradición más antigua, hoy un poco fuera de moda, que trata de integrar las ideas sistemáticas con otras menos densas pero más operativas, que aparecen en las discusiones públicas bajo la forma de argumentos. Como en éstas domina lo pragmático, sus actores mezclan con cierta libertad el pensamiento sistemático con argumentos ajenos a él. En esto me aparto de los estudiosos que buscan clasificaciones y definiciones, que en lo posible hagan coincidir ideas con personas. Como dijo Nietzsche, “definible es lo que no tiene historia”.<sup>2</sup>

A esto agregaré dos elementos. Uno es el papel de las instituciones en la sistematización, simplificación y difusión de las ideas. El otro es la vinculación de las ideas con algunas experiencias sociales significativas, que expliquen su surgimiento, sus transformaciones y su perduración.

El nacionalismo demanda un enfoque de este tipo. Hay en los nacionalistas poca doctrina, mucho sentimiento valorativo y una fuerte pulsión a la acción, a la intervención.

En nuestro país, hay una curiosa tensión entre uno de sus supuestos -la existencia de un pensamiento nacional- y el hecho constatable de que cada uno de sus diversos exponentes sigue o simplemente repite a un autor europeo. Tampoco hay unidad: el

---

<sup>1</sup> En: Academia de Ciencias Morales y Políticas de Tucumán: Anuario del Bicentenario IV. Tomo I. Tucumán, 2016.

<sup>2</sup> José Luis Romero. El desarrollo de las ideas en la Argentina en el siglo XX. 1ra de. Buenos Aires-México, Fondo de Cultura Económica, 1965. F. Nietzsche: *Zur Genealogie der Moral*. Cit por M. L. Anderson: Practising Democracy, Princeton U.P., 2000, p.19. En: Academia de Ciencias Morales y Políticas de Tucumán: Anuario del Bicentenario IV. Tomo I. Tucumán, 2016.

nacionalismo se parece al río Paraná, con muchos brazos, que siguen distintos caminos aunque finalmente confluyen en esa matriz de la que hablaba.

Finalmente, el nacionalismo es una idea sumamente plástica, capaz de acomodarse a cambiantes situaciones y, sobre todo, de mezclarse con otras, como por ejemplo el catolicismo, el populismo, el antimperialismo el socialismo. Diría que es como la molécula de carbono e hidrógeno, básica de la química orgánica.

Lo que haré será seguir el recorrido de esta idea a través de distintas etapas, hasta llegar a la matriz consolidada que hoy tenemos, para bien o para mal.<sup>3</sup>

### Los orígenes: el nacionalismo estatal y liberal

La idea de una nacionalidad argentina emerge de manera confusa e intermitente desde 1810, y es un tema de las elites letradas, como en Italia o en Alemania. Desde 1853 la idea de nación se asocia con la construcción de un Estado en forma, que demanda un fundamento nacional. Por entonces existían en Europa dos modelos de nación. Uno, inspirado en la Ilustración y la Revolución Francesa, vinculaba tres elementos: los individuos, el contrato político y el colectivo nacional. El otro, propio de la corriente anti iluminista, partía de la nación preexistente, su cultura y su espíritu, y culminaba en el Estado. La Constitución de 1853, al convocar a todos los hombres del mundo, invoca el primer principio, y esa idea guió la acción de los gobernantes en las décadas finales del siglo XIX.

Para el Estado era imperioso “hacer a los argentinos”, compitiendo con otras identidades. En 1853, se trataba solamente de integrar a salteños, cuyanos y porteños. Pero con la inmigración masiva de europeos el problema se hizo mayor y más complicado. La inmigración fue parte de una gran transformación que se prolonga al menos hasta 1914, y fue guiada por un Estado potente.

Para sus dirigentes, a menudo tachados de cosmopolitas, la nacionalización fue un problema central. El gran instrumento fue la escuela, uno de los elementos fundantes de una sociedad caracterizada por la igualdad, la integración y la movilidad. Fueron centrales la enseñanza de la lengua nacional, la geografía y la historia nacional, que Mitre y otros escribieron según un modelo liberal y romántico similar al de Michelet o Renan. Junto con la educación básica, los dirigentes se preocuparon por las manifestaciones públicas del civismo, la constitución del panteón de los próceres o la organización del ceremonial patriótico, estudiados por Lilia Ana Bertoni.<sup>4</sup>

### El giro esencialista

La misma autora señala a 1890, año de crisis y de revolución, como el momento de inicio de un giro dentro del nacionalismo estatal, hacia una versión menos liberal y que postula la necesidad de una nación homogénea y no plural, en consonancia con la versión romántica alemana. Alemania es por entonces el modelo de nación potente y eficiente, con un destino de grandeza que se asocia con la unidad de la

<sup>3</sup> Me permito remitir a trabajos míos. Breve historia contemporánea de la Argentina, 2da de. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2013. “Democracia, República y Estado. Cien años de experiencia política en la Argentina”, en R. Russell (ed): Argentina 1910-2010. Balance de un siglo. Buenos Aires, Taurus, 2010, y La Argentina en la escuela. La idea de nación en los libros de texto (en colaboración). Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2007.

<sup>4</sup> Lilia Ana Bertoni: Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

nación en que se sustenta.

Ese giro madura en el Centenario, cuando coinciden una corriente celebratoria del éxito argentino, que augura un destino de grandeza, y otra pesimista, que pone el acento en diferentes problemas, entre ellos la falta de unidad. Ese es el tema de un conjunto de lúcidos ensayistas integrantes de la llamada “Generación del Centenario”, como Joaquín V. González, José María Ramos Mejía, Agustín Álvarez y otros.<sup>5</sup>

En el centro de ese debate se encuentra la cuestión de la debilidad de la nación, minada por una heterogeneidad constitutiva que las políticas estatales, especialmente la educativa, no solucionaron. Coinciden el señalamiento de la debilidad y la postulación de una unidad ideal, que existe y que a la vez debe ser construida. Se discute intensamente sobre cuál es la lengua nacional, la música, la pintura, la historia y finalmente la raza, un término de alcances imprecisos, entre lo racial y lo nacional. También emergen otros tópicos relacionados, como la oposición entre un interior nacional y una capital cosmopolita.

¿Qué nación? En esto no hay coincidencias. Manuel Gálvez, Ricardo Rojas, González, Enrique Larreta o Leopoldo Lugones animan la polémica sobre el arquetipo -entre el Cid Campeador de Larreta y Martín Fierro de Lugones- y el “ser nacional”, de cuya existencia nadie duda y que debería ser la prenda de unidad y se convierte en tema de inacabables querellas que se prolongan por lo menos hasta los años setenta del siglo XX.

Por entonces las elites estatales reorientan sus políticas hacia estas ideas. Los conflictos con Chile, o la competencia con Estados Unidos por el liderazgo panamericano se miran con el modelo alemán a la vista: un país es exitoso cuando tiene detrás suyo una nación unida. Por otro lado, la fuerte conflictividad social y política, que arranca en 1890 y se prolonga hasta 1921 e incluye a chacareros, obreros y radicales, refuerza la idea de que el Estado debe profundizar la integración y la homogeneización.

En la educación, José María Ramos Mexía introdujo desde el Consejo Nacional de Educación una versión militarizada del ritual patriótico, mientras se cuestionaban programas de estudios, por enciclopedistas y cosmopolitas, una adjetivación que aún hoy se usa. El servicio militar obligatorio posibilitó dar un baño de argentinidad a todos los jóvenes, y la reforma política -la ley Sáenz Peña- ordenó que todos los argentinos fueran ciudadanos y se comprometieran con la elección de los gobernantes y con su legitimación.

Este ánimo de nacionalización encontró receptores afines en la sociedad. Es conocido el caso de las elites tradicionales, sensibles al asedio de los nuevos ricos, que buscaron refugio en el tradicionalismo. De allí salieron, en 1910 y en 1919, los grupos chauvinistas violentos, como la Liga Patriótica. Esta reacción fue arrasada por el fuerte proceso de movilidad e integración impulsado por la escuela.

Pero antes de esto, para los inmigrantes, que nutrían sus asociaciones mutuales, la nacionalización fue un instrumento que facilitó su integración. Desde finales del siglo XIX floreció el criollismo, en el circo y el teatro, y en una difundida literatura popular, que glosó las hazañas de Juan Moreira. También floreció en los círculos criollistas que proliferaron en las ciudades. Muchos de los asistentes eran inmigrantes que, concluida la jornada laboral, se vestían de gauchos y concurrían a

<sup>5</sup> José Luis Romero: El desarrollo de las ideas...

practicar danzas nativas y matear.<sup>6</sup>

Esta segunda faz del nacionalismo, integradora, fue la que predominó. Victoria Ocampo señaló una vez que los “argentinos recientes” estaban mucho más preocupados por la cuestión de la nacionalidad que aquellos -como ella- que eran argentinos desde siempre.<sup>7</sup>

#### Las actores institucionales entran en acción

Junto con las querellas de los intelectuales, desde comienzos del siglo XX comenzó a oírse la voz de tres actores institucionales que crecieron desde principios del siglo XX: el Ejército, la Iglesia, y la UCR, cuyas ideas luego retomó el peronismo. Se trata de voces fuertes, con un discurso organizado y capacidad tanto para moldear la opinión como para influir en el Estado. Las tres aportaron sus perspectivas sobre la nacionalidad, diferentes pero convergentes.<sup>8</sup>

El Ejército asumió que le correspondía custodiar “los intereses superiores de la nación”, aún por encima de las instituciones y de la Constitución. Se “doctrina” incluye como “hipótesis de conflicto” los conflictos en las fronteras, amenazadas por los estados vecinos, bajo la forma de anexiones territoriales o de “penetraciones” diversas.

Así, la versión militar del nacionalismo se centró en el territorio nacional. La geografía, una disciplina de fuerte presencia en la escuela, acompañó ese desarrollo de la idea territorial y la historia, igualmente importante, desarrolló la narración de la progresiva dominación de un territorio que le estaba asignado desde siempre. Este fue, en definitiva, el punto de anclaje más sólido y compartido del nacionalismo argentino.

Su segunda idea fuerte fue la de “la nación en armas”, una nación unida detrás de su Estado y su Ejército, preparada para defender a la patria y, eventualmente, para concretar su destino de grandeza. La unidad cubre desde la autarquía económica hasta la unidad espiritual, por encima de los conflictos, atribuidos a los extranjeros o a los malos patriotas. Sobre eso, se conforma el sentido misional de las fuerzas armadas, presente en cada golpe de Estado.

En cuanto a la Iglesia, desde fines del siglo XIX se expandió y organizó: nuevos obispados, parroquias, órdenes religiosas y finalmente la Acción Católica, que disciplinó el sector de los laicos. Con fuerza creciente, la Iglesia discutió con el Estado por la enseñanza, y en tiempos de política de masas exhibió regularmente su capacidad de movilización, como en 1934 en ocasión del Congreso Eucarístico.

La doctrina que dominó fue la imperante en el Vaticano en el siglo XX: *Instaurare omnia in Christo*, colocar a Cristo en todas partes. La fórmula sintetiza un vasto proyecto de catolización de la sociedad, combate contra el Estado laico, y fundación efectiva del reinado de Cristo en la tierra. Con esta doctrina enfrentaron militantemente a lo que llamaban el liberalismo, y en ese espíritu, la Argentina fue definida como una nación católica, no mayoritariamente católica sino

---

<sup>6</sup> Adolfo Prieto: El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna. 1ra ed. Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

<sup>7</sup> Luis Alberto Romero “Sociedad democrática y política nacional y popular: la Argentina en la primera mitad del siglo XX”. Estudios Sociales, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, n. 46, 1914.

<sup>8</sup> Luis Alberto Romero (coord): La Argentina en la escuela. Buenos Aires, Sumaerica, 2004.

esencialmente católica, por lo que los no católicos, convocados sin distinciones en 1853, pasaban a ser argentinos de segunda o peligrosos.<sup>9</sup> Esta doctrina, que se prolonga, con pocos cuestionamientos, hasta el Concilio Vaticano II, y perdura hasta hoy en sectores significativos, combinó, con algunas tensiones, nacionalismo con catolicismo y se impuso en todo el universo católico y enfrentar militantemente las de raigambre liberal, como la expresada en la Constitución.

El tercer actor es la UCR, primer partido político con una organización territorial nacional, un modo democrático de funcionamiento, un programa, una doctrina y un líder, pues predominó la línea de la democracia plebiscitaria de líder. Yrigoyen fue el mesías regenerador de las instituciones, y la doctrina afirmó la identidad entre el radicalismo y la nación: “la causa radical -decía Yrigoyen- es la causa nacional”. Los adversarios políticos fueron calificados globalmente como “el régimen”, y apostrofados como “falaz y descreído. Son tres aproximaciones diferentes a la cuestión de la nacionalidad, que convergen en un punto: la esencia nacional existe, y está amenazada por sus enemigos.<sup>10</sup>

### Dos experiencias

Para ejemplificar la potencia y la plasticidad del nacionalismo, esbozaré dos experiencias históricas: la de la “nación católica” de los años 30 y 40 y la del peronismo originario.<sup>11</sup>

En la idea de nación católica confluyeron, desde 1930, la Iglesia y el Ejército, adoctrinado por la Iglesia. La nación católica, simbolizada por la espada y la cruz, debía encarar una cruzada contra el mundo liberal. Se trató de un combate real, pues al otro lado se había conformado, al calor de los conflictos europeos, un frente antifascista al que concurrían radicales, socialistas, comunistas y liberales progresistas. Los cruzados presionaron sobre el Estado pero además combatieron por la calle y la opinión. Los jóvenes de Acción Católica y los grupos nacionalistas fascistas convergieron en movilizaciones donde Cristo Rey se mezcló con Hitler. Conquistaron el poder con el golpe militar del 4 de junio de 1943, pero retrocedieron algo el 17 de octubre de 1945.<sup>12</sup>

La idea de una nación católica unida y militante conjugó el integrismo católico y las aspiraciones militares a la unidad, potenciadas por la guerra. Los enemigos eran el liberalismo, la democracia, el laicismo, el protestantismo, el socialismo, el comunismo y, más en general, la “vida moderna”, un tema en el que la Iglesia sumó una crítica tradicionalista en cuestiones referidas a la familia, la mujer, las costumbres y la cultura. El Ejército agregó los temas de la autarquía y la soberanía, que sumaron al nacionalismo anti británico de entonces. Aunque fue desplazado del centro del poder, este nacional catolicismo, reforzado por el anti comunismo, se convirtió en uno de los protagonistas de las luchas políticas e ideológicas posteriores, reapareciendo en 1966 con Onganía, y luego con Videla.

La segunda experiencia es la del peronismo surgiente. Perón le dio un giro novedoso

<sup>9</sup> Miranda Lida: Historia del catolicismo en la Argentina, entre el siglo XIX y el XX. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2015.

<sup>10</sup> Ana Virginia Persello: Historia del radicalismo. Buenos Aires, EDHASA, 2007.

<sup>11</sup> Loris Zanatta: Del Estado liberal a la nación católica. Quilmes, U.N. de Quilmes, 1996. Perón y el mito de la nación católica. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

<sup>12</sup> Luis Alberto Romero: “El ejército de Cristo Rey. Movilización católica en Buenos Aires, 1934-1945.” Cuadernos de Historia, n. 32, Universidad de Chile, marzo de 2010.

a la nación católica, con políticas sociales que atrajeron al movimiento obrero. Su propuesta combinó la llamada democracia real, no liberal, la justicia social, asentada en la Doctrina Social de la Iglesia, y la conocida unidad nacional. Sobre el final, un poco ocasionalmente, agregó el antimperialismo anti norteamericano.<sup>13</sup>

Un elemento, entre otros, que explica la fuerza de este proyecto fue el fuerte impulso dado a la democratización social. Era una tendencia ya existente, pero su aceleración produjo un tipo de conflicto específico, expuesto en la imagen de la jornada fundadora del 17 de octubre, cuando gente extraña llegó a la Plaza de Mayo e hizo un uso novedoso de sus monumentos. En un proceso que ha sido definido como de “democratización del bienestar”,<sup>14</sup> nuevos consumidores aspiraron a usar bienes materiales y culturales que antes tenían un uso más restringido. La dimensión conflictiva -menor al lado de otros combates sociales épicos- surge cuando se instalan en lugares antes reservados para otros acostumbrados a la holgura: por citar dos ejemplos simples, un banco en la plaza o un lugar en el cine. Esta coexistencia generó una doble indignación. En unos, por el abuso de los juzgados no educados. En los otros, por la resistencia de los que consideraban privilegiados.

En esta experiencia, que sin duda requiere un desarrollo más extenso, se asienta la instalación de la dupla pueblo/ oligarquía, que luego la política tematiza y exacerba. La antigua dicotomía, centrada en la nación o el catolicismo, se reformula, y el centro de desplaza, sin excluirlos, al “pueblo”, enfrentado con minoras egoístas, privilegiadas, y finalmente, extranjerizantes. Así, el nacionalismo realiza un nuevo maridaje, con el populismo, una combinación de eficacia rotunda, que se consolida después de 1955, y a la que el revisionismo histórico alimenta con sus argumentos.

### La matriz nacionalista y populista

Por estos y otros caminos, la matriz nacionalista, principalmente en su variante populista, está hoy instalada en el “sentido común”, que es el lugar en donde se piensa cuando no se sabe que se está pensando. De ese sentido común provienen las opiniones espontáneas de los argentinos medios. De ese sentido común provienen las opiniones espontáneas de los argentinos medios, como los que llenaron la Plaza de Mayo y otras muchas plazas el día del desembarco en Malvinas. Ha llegado a ser lo que José Luis Romero llamaba una ideología espontánea, que puede coexistir con otras y darles un formato adecuado. No tiene grandes ideólogos, dignos de figurar en la historia de la filosofía política, pero hay muchos de los llamados pensadores que la alimentan. Puede coexistir con otras muchas, e imprimirles su marca.

En su núcleo están el pueblo o la nación -el Volk- y sus enemigos, que son muchos y uno. En su plasticidad reside su fuerza: se puede pasar de los chilenos a la oligarquía, y de ellos a la subversión infiltrada -Perón la condenó duramente- y de allí a los “grandes poderes”. Hasta se puede jugar con el tema de los judíos. Y por

---

<sup>13</sup> Luis Alberto Romero. La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: La Argentina 1936-1946”. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura, volumen 38, No. 2 Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011.

<sup>14</sup> Juan Carlos Torre y Elisa Pastoriza: “La democratización del bienestar”, en: Juan Carlos Torre (dir.): Los años peronistas, 1943-1955. Buenos Aires, Sudamericana, 2002. Daniel James: Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976. 1ra ed. Buenos Aires, Sudamericana, 1987.

supuesto los alemanes, que dos veces nos despojaron de la Copa Mundial de Fútbol.

Esta mención recuerda un elemento central de este nacionalismo, que se puede sintetizar en la combinación de soberbia y paranoia. La convicción de que la Argentina tiene prometido un destino de grandeza, que no se concreta por la artera acción de sus enemigos, confabulados en un complot siempre renovado.

Nuestro nacionalismo no se asienta ni en la democracia, ni en la unidad étnica del pueblo, que sigue renovándose con nuevos inmigrantes. Lo más sólido es el territorio, cuya esencialidad es la clave de la argentinidad. Los territorios irredentos, sean las Malvinas o aquellos “campos de hielo” que se discutieron en los años ochenta, ponen una duda sobre el fundamento de la nacionalidad. De allí el papel central que tuvo el Ejército, y también el Estado, fuente principal de las imágenes de la Argentina unida.

Pero sobre todo, la matriz nacionalista es un instrumento de poder. Aceptado el principio de la contraposición entre la nación y el pueblo y sus enemigos, la posibilidad de definirlo concede un poder enorme, que permanentemente tienta a quienes compiten por él. Con el pluralismo es difícil hacer política. Su presencia dominante, en el fondo de nuestro pensamiento consciente, explica muchas de las características de la política y de la convivencia en la Argentina que ya lleva recorridos dos siglos de existencia.